

ojos de todos los que ocupaban el espacioso salon.

Era ella una mujer de esbelto talle, formas graciosas, vestida con la mayor elegancia, decorada la cabeza con plumas, flores y encajes, con las mejillas llenas de colorin y los labios de rubí recogidos por una sonrisa animada al mismo tiempo que burlona, que ponía de manifiesto dos sartas de dientes blancos y parejos. Con esa sonrisa en los labios ligera y serena marchó al centro de la sala, volviendo los ojos negros, grandes y brillantes, en que se pintaban el orgullo y la curiosidad, ya al grave semicírculo de los jueces, ya á las galerías del Tribunal, donde los espectadores no pudieron reprimir un movimiento de indignación.

—Señores, dijo ella en voz clara y distinta, estamos aquí en un teatro donde los representantes se reciben con muestras de aprobación ó desaprobación?

El presidente, á quien ella miraba, no se dignó contestar, sino que le hizo una seña expresiva con el gesto al alguacil que se hallaba detras de la acusada.

La entendió este perfectamente, pues de uno de los rincones de la sala trajo una silla de madera muy tosca y de forma pesada, á cuyo alto respaldo estaban clavadas dos cadenas cortas de hierro.

Puso el alguacil dicho asiento al lado de la lujosa condesa y por señas le indicó que se sentara.

—¿Qué me siente ahí! exclamó ella en tono de soberano desprecio. ¿Cómo! ¿Quién se atreve á ofrecermela la silla de los criminales?

El alguacil al paño la rogó se sentara sin chistar, porque de lo contrario tendría que hacer uso de las cadenas atadas al respaldo del asiento. Léjos de calmarla esto pareció irritar mas á aquella orgullosa mujer, que con sus ojos quería aniquilar al pobre ministro de justicia; el cual le dijo al fin alto:

—Si no os sentais, señora, me veré en la necesidad de hacer uso de la fuerza; entónces para impedir que os levanteis habrá que ataros los brazos con las cadenas.

La condesa hizo una exclamación de cólera y con la vista examinó el semblante de los jueces y el de los espectadores, sin encontrar en ninguna parte un rasgo de simpatía. Pero esto mismo pareció darle mas valor y fuerza. Levantó la cabeza con orgullo, se sonrió y luego se sentó en la tosca silla con gracia y dignidad, como si fuese un sillón de terciopelo y aquella una sala de baile.

—¿Quién es V., señora? de pronto le preguntó el presidente en tono de voz breve y grave. ¿Cómo se llama usted? Cuál es su edad?

—Señor presidente, contestó ella dando una carcajada, es claro que V. S. no está muy acostumbrado á tratar con señoras, de otro modo no me preguntaría mi edad. Sin embargo, ¿quiere V. S. saber quién soy? cómo me llamo: Soy la condesa Lamotte-Valois, último vástago de anteriores reyes de Francia; y si en esta desventurada tierra que oprimen un rey estúpido y una reina disoluta, reinasen el derecho y la justicia, yo me hallaría sentada en el trono de Francia, y la coqueta que ahora lo ocupa, se sentaría en esta silla de los criminales, para justificarse del robo que ha cometido,

escamotándole el collar de diamantes á los joyeros Bohmer y Bassenge.

Este borbollón de injurias y de calumnias encontró mas bien aplauso que censura entre los espectadores y jueces, á tal descrédito habia llegado Maria Antonieta.

—Señora, se contentó con decirle el presidente L'Aigre—en vez de contestar V. sencillamente mis preguntas, me ha soltado una larga arenga, que advierto contiene tantas falsedades como palabras. Pues V. no se ha dignado decirme quién es ni lo que es, yo voy á decirselo. Su padre de V. fué un pobre aldeano de Auteuil. Se llamaba Valois, y el cura de la aldea un día le dijo á la esposa del propietario de ella, madama de Boulainvillier, que el tal aldeano poseía ciertos documentos que incuestionablemente le acreditaban por descendiente ilegítimo de la familia real antigua. Al mismo tiempo recomendó el buen cura á la caridad de madama de Boulainvillier el pobre, hambriento aldeano y sus desnudos hijos. Cumpliendo con esta súplica aquella digna señora, hizo que la trajeran la hija de Valois, para saber de su boca, en qué podía serles útil.

—Decid mejor, para ganar crédito de haber mostrado generosidad hácia los descendientes de los antiguos reyes de Francia; le interrumpió la condesa.

—Triste crédito habria sido el que ganase por este medio; repuso el presidente con calma. Largo tiempo hacia que se habia extinguído la familia Valois, y el último individuo de ese nombre que se sepa, fué convencido del delito de falsificación, condenado á muerte y ajusticiado. El abuelo paterno de V. fué hijo ilegítimo del Valois falsificador. Hé aquí la suma del parentesco de V. con la familia real de Francia. Probable es que en esa misma silla en que ahora se sienta V., acusada de fraude y dolo, ántes se sentó su abuelo natural de V., acusado de delito semejante, y que, convencida de él, sea V. castigada segun las leyes de Francia.

Hizo ademan la condesa de levantarse y hablar, pero una cosa y otra le impidió el ministro de justicia, oprimiéndole el hombro con su mano de hierro. Ella sollozó y se estuvo quieta, y por la primera vez se tornaron pálidas como la muerte sus sonrosadas mejillas.

—Ahora bien, continuó el presidente, madama de Boulainvillier, recogió los hijos del zarapastroso Valois, y le agradó tanto la hija mayor, muchacha de doce años de edad, por su viveza y atractivos, que la adoptó como suya, le dió una excelente educación é hizo cuanto estuvo en su mano por asegurarla un porvenir decente. Pero el día ménos pensado la chica dejó el techo y el abrigo de su madre adoptiva. Se habia fugado con el subteniente, conde Lamotte, anunciando á su bienhechora por una carta que le dejó escrita, que fugaba para librarse de la esclavitud en que habia vivido allí, y dejaba su maldición á todos aquellos que habian tratado de impedir se casara con el hombre de su elección. Le confesó ademas, que para llevar á efecto su matrimonio, habia creído necesario llevar un terno de brillantes de madama Boulainvillier, para cubrir los costos con el producto de su venta. De este modo sucede que la prófuga robó á su bienhechora la suma de veinte mil francos

—Me tomo la libertad de corregir la relación de V. S., dijo la condesa. No se puede decir que yo robé esa suma, esa fué la dote que me ofreció darne madama de Boulainvillier cuando me casara, y tomé lo que me pertenecía. Ella misma justificó mi proceder, pues que no me reclamó jamas el dinero, ni me delató á los tribunales.

—No hizo una ú otra cosa para evitar el escándalo; prosiguió el juez. Callóse madama de Boulainvillier y dejó el castigo al juez justiciero que mora mas alla de las estrellas.

—Y quien seguramente no bajará de ellas para ocupar la silla del jefe de este tribunal; dijo la condesa con risa ironica.

—La hija del gañan Valois, prosiguió el presidente sin hacer caso del sarcasmo, se casó con el teniente Lamotte, que vivía en una ciudad interior y trataba de aumentar su sueldo por todos medios. No solo daba lecciones de esgrima y equitacion, sino que jugaba á los naipes y era tan hábil que siempre le sonrió la fortuna.

—Señor, exclamó la condesa indignada, sin duda V. S. no se permitiria impunemente el insulto ese, si mi marido estuviese libre. Nadie en justicia puede tacharle de fullero.

—No hago insulto ninguno, solo llamo las cosas por su verdadero nombre. En consecuencia de vehementes sospechas de fullerias, el conde Lamotte fué despedido de su regimiento, y como los recién casados habian entretanto gastado el dinero robado, hubo que buscar un nuevo medio de vivir. El marido se encaminó al sur de Francia para continuar en sus fullerias; la esposa, sin otro capital que su juventud y el esplendor de su apellido, se dirigió á París, uno y otro resueltos á hacer fortuna del modo mejor que pudiesen. Hé aquí, señora, concluyó el presidente, la verdadera respuesta á mis preguntas de cómo se llama V. y quién es.

—No es, sin embargo, satisfactoria esa respuesta, agregó la impudente condesa. Ha olvidado V. S. añadir que soy la amiga del cardenal, príncipe Luis de Rohan, la confidente y amiga de la reina Maria Antonieta, y que ambos quieren hacerme ahora el honor de que les sirva de cabra de los Judíos, pagando su culpa. Mi único delito consiste en que contribuí á que la reina de Francia poseyera la joya que ambicionaba adquirir; en que ayudé al enamorado y necio cardenal á aproximarse al objeto de su amor, logrando que tuviera una entrevista con la reina. Mas claro, á la reina di el collar y al limosnero mayor de Francia en pago del desembolso, una caradita con la reina. No creo que él niegue que la besó la mano en Versalles, que ella le dió una rosa; y por lo que toca á su enamorada, espero que al fin tendrá que confesar que el collar está en su posesión. ¿De que puede acusármese?

—Se la acusa de fraude, de desfalco, de falsificación, de calumnia, de robo; repuso el presidente con calor. Engañó V. al cardenal de Rohan diciendole que conocia V. á la reina, que era intima amiga suya y que poseia su confianza. Forjó V., hizo que alguien forjara, la letra de la reina, y suponiendo que eran de esta, escribió V. cartas y las dió al cardenal. Abusó V. de la lealtad del cardenal hácia sus augustos soberanos y le hizo V. creer que la

reina deseaba valerse de sus servicios; y luego que el cardenal, en la persuasión de que prestaba un servicio eminente á su reina y señora, trató con los joyeros de la corte, les pagó parte del dinero de la compra del collar y entregó este á V. para que lo pusiese en manos de quien correspondia, V. se lo robó, pues no ha llegado á poder de ella jamas. Es falso que la reina diera á V. audiencia alguna vez, mucho ménos que le hablara, y ninguna de sus amigas conoce á la condesa Lamotte.

—Lo que quiere decir esto, repuso esta, es que ellas me desconocen ahora, porque así les conviene; pero al fin la luz de la verdad resplandecerá.

—Sí, tiene V. razon, añadió el presidente, resplandecerá al fin la luz de la verdad y para ello será bueno que el fiscal general de S. M. haga la acusación de la condesa Lamotte Valois.

Este funcionario, que entónces era Borillon, se levantó y empezó á leer la acusación fiscal. En la introducción de este escrito pintó á la condesa como una aventurera; habló de su destitución en París, de los medios de que se valió para ganarse la voluntad del cardenal, y pasar á sus ojos como verdadera descendiente de los antiguos reyes de Francia, en fin, de sus intrigas y manejos hasta lograr que comprara el collar á los joyeros de la corte y se lo entregase á ella, en la persuasión de que era para S. M. la reina. Recapituló, en una palabra, la declaración del cardenal, que ya se conoce, y en seguida procedió diciéndo:

—Su aliado mas activo fué el marido, á quien de mucho ántes habia hecho venir á París, y entre los dos arreglaron la intriga del collar, con cuyo éxito logró ella cuanto apetecía, el esplendor y lujo de una princesa, con un palacio por habitación, doradas carrozas, hermosos caballos, pajes con librea, vajillas de plata, piedras preciosas, encajes, vinos exquisitos, etc. Fuera de todos estos goces, tenia ella un marido todo generosidad y cariño, que la colmaba de regalos, pues desde Lóndres, á donde le llamó un negocio de familia, le envió un medallón de brillantes, que despues se avaluó en 230 luises de oro, y un brazalete de perlas estimado en 200. A la vuelta de su viaje sorprendió á su mujer con regalo todavia mas espléndido: me contraigo al palacio en Barsur-Aube que compró para ella. ¿No sospecha nadie de donde procedian dones tan valiosos? Lo explicaré: habia roto el collar de Bohmer y Bassenge la condesa Lamotte y arrojado las piedras de sus monturas. Por el oro de estas solamente recibió ella 40,000 francos; por uno de los diamantes que vendió aquí en París, 50,000 francos; por otro, 30,000. Los mas grandes y valiosos no se atrevió ella á venderlos en París, y para este fin despachó su marido á Lóndres. Allí la venta de los tales diamantes produjo la bonita suma de 400,000 francos en oro, con lo cual hubo para el medallón, para el brazalete y para el palacio ademas. Naturalmente el cardenal de Rohan no tenia ni sospecha de ese lujo y esplendor. ¿Donde le recibió la condesa cuando él vino á verla? En una desmantelada sala de la casa que habia alquilado, vestida pobremente. Mas apenas arreció el peligro y empezó á temer que las reclamaciones de los joyeros, harian

que se descubriese el enredo, se marchó de París y se metió en su palacio de Bar-sur-Aube. Allí no tardó en seguirla la policía, que la prendió, lo mismo que á su marido y al amigo de ellos el llamado conde Cagliostro. Los demas cómplices se pusieron en salvo, sin que haya podido haberseles. Sin embargo, su testimonio no era absolutamente necesario, siendo así que los hechos principales ya estaban esclarecidos y patentes. Algunos de los diamantes vendidos en Londres por Lamotte es tán hoy en París y segun el reconocimiento practicado, son los mismos del collar. Se sabe quien es el platero á quien la condesa vendió las monturas de oro, reconociendo los pedazos Bohmer y Bassenge, como porciones de su antedicho collar. Está fuera de toda duda que la condesa Lamotte-Valois, con sus intrigas y su astucia, logró apoderarse de la valiosa joya, y se la apropió. Es ella, por consiguiente, culpable de robo y fraude; lo es, además, de falsificación, porque imitó la letra de la reina y firmó papeles en nombre de esta augusta señora. Y le acusa, por otra parte, no ya solo de falsificación, mas también de desacato á la majestad, porque ha osado arrastrar la persona sagrada de la reina de Francia á una red de mentiras, haciéndole aparecer como la heroína de una indecente aventura amorosa.

La condesa quiso defenderse de estos cargos, echándole toda la culpa á la reina, á quien pintó con colores negros, diciendo que era casquivana, presumida y necia, amiga de bailes y de aventuras de dudoso carácter. Repitió todo lo que ya habia dicho en su defensa y que los verdaderos criminales trataban de echarle la culpa, para librarse del castigo que tenían merecido; pero confiaba en Dios justo y sabio que no permitiría pudiese el inocente y holgase el culpable.

—Teneis razon, señora, replicó el fiscal, Dios es justo y no permitirá se haga una injusticia. No permitirá que prevalezca vuestra infernal intriga; os arrancará la máscara de la inocencia que llevais, y os presentará tal como sois, una descarada é intrigante mujer.

—Señor fiscal, esos son insultos, no razones, ni pruebas.

—¿Pruebas? ya las tendreis á manos llenas. Oia, añadió el fiscal dirigiéndose á un alguacil, que se traiga la testigo.

El alguacil entró en un cuarto lateral y á poco volvió solo y le dijo algo al oido á otro ministro de justicia, el cual dijo alto, que la señora pedia al Tribunal la perdonase por un instante, pues que esperando separarse de su niño de pecho por algunas horas, le estaba amantando antes de salir á declarar.

Consultados los jueces por el presidente con la vista, se acordó esperar. Al cabo de un cuarto de hora, en que reinaba el mayor silencio, se abrió la puerta del cuarto de los testigos, y no bien se asomó la mujer, cuando el auditorio en masa hizo una exclamacion de asombro.

Era la reina, no otra que la reina, la mujer que entraba en la sala del Tribunal. Era su mismo agraciado y elegante busto; el mismo jóven y fresco semblante; las mismas redondas y sonrosadas mejillas; la misma encajada boca, con el labio inferior grueso y lleno; los mismos ojos grandes y azulosos; la misma al-

tiva frente; el mismo hermoso cabello castaño, arreglado á la manera que lo hacia el peluquero real Leonard. Su vestido era idéntico también al que solia usar la reina en sus paseos por los jardines de Versailles. La saya era ancha de lino, cubria sus hombros una pañoleta blanca y coronaba el peinado alteroso una papalina blanca con encajes.

—Ella es! se repetian unas á otras las mujeres en la galería, teniéndose por conocedoras de la reina. Viene en persona á declarar! ¡Qué ocurre! qué necesidad!

A la vista de aquella inesperada aparicion, nadie se ocupó de la condesa Lamotte-Valois, nadie la vió abatirse en la silla y luego hacer ademán de levantarse y echar á huir, nadie, excepto el alguacil constituido á su lado, quien preguntándole qué queria, le recordó que la estaba prohibido levantarse.

—Me levanté, contestó la condesa volviendo á calmarse, para saludar á la reina de Francia como buena vasalla que soy; pero como veo que nadie se levanta ni hace demostracion de respeto, yo tambien me siento.

—Acercaos, dijo el presidente de L'Agre, á la que aparecia ser la real persona. Obedeció en efecto y se adelantó mirando á todas partes con ojos azorados y cuando estuvo cerca de la mesa, tras la cual se hallaban sentados los jueces, les hizo un saludo amistoso y se sonrió, con cuya accion mostró los dientes. Una nueva expresion de asombro apareció en el semblante de los espectadores, porque entonces se vió su semejanza con la reina. Aquellos sus labios de grana encubrian dos hileras de dientes sucios y rotos, siendo así que los de Maria Antonietta, por su igualdad, blancura y brillo eran objeto de admiracion y de envidia de todas las señoras de la corte.

—¿Quién sois y cómo os llamais, señora? le preguntó el presidente.

—¿Quién soy yo, señor? replicó la mujer poniéndose colorada. ¡Santo Dios, eso es mas de lo que yo pudiera decir! Yo era una muchacha ociosa y casquivana, enemiga de trabajar, mas que me gustaba vivir bien y vestir mejor y vivia bastante suelta hasta que un dia sorprendí el amor mi corazón. Luego que me enamoré de mi sarjento Jorge me propuse llevar una vida arreglada y virtuosa, y desde que me nació mi hijito he hecho propósito de ser buena madre y buena esposa. ¿Desea ahora saber V. E. cómo me llamo? Pues me dicen señorita Oliva. V. E. me hizo prender en Bruselas y me ha traído aquí, nueve dias precisamente antes del fijado para casarme con mi querido Jorge. Me prometió que nuestro hijo nos veria casados por ante la santa madre Iglesia y habria cumplido su promesa, si V. E. no lo impide, de suerte que no es culpa mia si mi hijo ha nacido en la cárcel y si su padre no se ha hallado presente en su nacimiento. Pero V. E. conocerá que yo soy inocente y me cumpliré lo que me ha ofrecido, es decir, darme un certificado de mi inocencia, pues, (agregó sonrojándose) de mi inocencia en este enredo, á fin de que yo pueda justificarme ante mi hijo, cuando tengo que descubrirle que nació en una cárcel. ¡Es cosa tan terrible para una madre tener que avergonzarse de confesar algo á su hijo!

Arrancaron estas palabras un murmullo de aplauso.

—Así, pues, ¿os llamais señorita Oliva? le dijo el juez.

—Sí, señor, contestó la hermosa mujer suspirando, por desgracia ese es el nombre que llevo. Pero tan pronto como yo salga de la cárcel, me caso, y entonces seré madama Jorge. Le ruego, señor presidente, por mi hijo, tenga la bondad de llamarme madama.

Esa salida candorosa de la testigo, iluminó el semblante de jueces y espectadores con una sonrisa, pero el de la condesa Lamotte se contrajo y oscureció todo. Y dirigiéndose á todos los presentes, en especial á los jueces y á la mujer que se parecia á la reina, los llenó de improperios, tratándoles de farsantes y de conculados para perderla. De tal modo, que el presidente mandó al alguacil hiciera callar á la acusada y que si hablaba sin preguntarle, la encerrara y le pusiera una mordaza.

—Cumpliré con vuestro deseo, añadió el presidente volviéndose para aquel vivo retrato de la reina, con tal que me prometais responder fielmente á mis preguntas.

—Lo prometo, en nombre de mi hijo; contestó la mujer.

—Dígame, pues, si conoce á la persona que está sentada en aquella silla.

—¡Ah! Sí, la conozco; exclamó la señorita Oliva mirando fijamente á la Lamotte. Esto es, yo no sé su nombre, lo único que sé es que vive en un palacio muy hermoso, que es muy rica, y...

—¿Cómo conocisteis esa señora? Decid toda la verdad.

—La diré, caballeros, tan fijo como estoy aquí. Paseaba yo un dia en Palais Royal, á tiempo que un hombre alto, delgado, con aire de señor, despues de pasar por delante de mí varias veces, se me acercó y me echó una porcion de piropos y me dijo que deseaba visitarme. Le contesté sonriendo que desde luego podria satisfacer su deseo, si me llevaba á comer á un meson. Aceptó, comimos juntos, y para ser recien amigos, nos chanceamos y reimos bastante. Cuando nos separamos me prometió que allí nos volveriamos á reunir al otro dia y así lo hizo. Despues de esta segunda comida: amable caballero me condujo á su casa, y me dijo que él era muy distinguido é influente, que tenia muchos amigos en la corte y que tenia amistad estrecha con el rey y la reina. Me dijo además que me buscaria poderosos protectores y que una señora muy distinguida que habia simpatizado conmigo, por la descripción que de mí le habia hecho, me visitaria y trabaria amistad conmigo. En efecto, al otro dia el caballero vino á verme en compañía de la señora distinguida, la cual se mostró muy amable conmigo y se sorprendió mucho á mi vista.

—¿Quién era esa señora? le preguntó el juez.

—Esa que está ahí, contestó la señorita Oliva señalando con el dedo pulgar de la mano derecha, por encima del hombro, para la condesa Lamotte.

—¿Estais segura de ello?

—Como de mi propia vida, señor presidente.

—Bien. Continúa. ¿Visteis la señora dicha frecuentemente?

—Sí, señor, porque vino á verme dos veces

mas, y me habló de la reina y del lujo con que vivian en la corte, y me prometió que me llevaria á ella y me haria una gran señora, si yo consentia en prestarle un servicio. Se lo prometí de todo corazón y le dije que haria cuanto me ordenara, si me llevaba á la corte y me facilitaba la ocasion de hablarle al rey y á la reina.

—¿Por qué abrigabais la curiosidad de ir á la corte y hablar con los soberanos?

—¿Por qué? Gran Dios, la cosa es bien simple y natural. Es cosa fácil para el rey hacer un capitán de un sarjento, y como el rey, segun dice la gente, no hace nada sin aprobacion de la reina, deseaba yo sobre todo tener un rato de charla con la reina. ¿Cuánto no habria dado yo por ver á mi querido Jorge con las charreteras y cuánto no me habria complacido de que mi hijo viesse que le habia dado por padre á un capitán!

—¿Dijisteis eso á la señora?

—Por supuesto que se lo dije y ella me ofreció que sin duda la reina me haria ese favor, con tal que yo le prometiese hacer todo lo que me ordenara en nombre de la reina. Me dijo entonces la señora, que la reina le habia mandado buscarse una persona á propósito para representar un papel en una comedieta, que preparaba en secreto; que yo era precisamente la persona requerida para representar ese papel, y que si yo lo representaba bien y no se lo decia á nadie, ni al mismo Jorge, luego que viniese de Bruselas, no solo me daria su apoyo en el porvenir, sino que además me regalaria quince mil francos por mi trabajo. Consentí de mil amores, porque ese no era un mal bocado para la dote.

—¿Pero no se os ocurrió que se trataba de un asunto peligroso cuando os ofrecian suma tan grande de dinero?

—Semejante pensamiento me ocurrió varias veces, pero lo deseché pronto porque deseaba establecerme. Fuera de esto, la condesa me aseguró que todo se hacia en nombre de la reina, y que era la reina la que iba á pagar los quince mil francos. Me tranquilizaron estas palabras completamente; pues como obediente y fiel vasalla, era mi deber obedecer á la reina y mostrarle lealtad, mayormente cuando iba á pagarme tan generosamente. Entretanto me consolé de que la creencia de que la reina no podia ordenar se hiciera una cosa mala ni criminal, asegurándomelo tambien la condesa y repitiéndome que todo lo que yo tenia que hacer era representar á otra persona, y hacer creer á un amante que estaba con su amada, lo que sin duda le agradaria á él mucho, y llevarle de felicidad. El papel que yo debia representar estaba de acuerdo con mis sentimientos.

—¿Pero no tuvisteis la curiosidad de averiguar para quién representabais el papel de amada ni quién era la señora cuyo puesto debiais ocupar?

—Me habria alegrado en el alma saberlo, pero la condesa me prohibió hacer preguntas y me dijo que debia ante todo ahogar mi curiosidad. Tambien me encargó me desentendiese de todo, de lo contrario solo recibiria la mitad del dinero ofrecido; además de que si advertian que yo sabia lo que estaba haciendo, podia suceder que me soplaran en la Bastilla.

Me estuve pues callada, no me ocupé de nada, mas ni pedí otra cosa sino que me enseñaran bien mi papel, á fin de no perder los quince mil francos para la dote de mi casamiento.

—Así, pues, os dieron una lección que aprender?

—Sí señor, la condesa y el caballero que me presentó á ella, vinieron dos veces á mi casa y me enseñaron cómo había de caminar, cómo llevar la cabeza, cómo saludar y cómo dar la mano á besar. Después de enseñarme bien todo esto, vinieron una vez por mí y me llevaron en un famoso carruaje á casa de la condesa. Allí comimos juntos y luego fuimos de paseo á Versailles. Caminamos en el parque y en un sitio cerca del pabellon ellos se pararon y me dijeron: Aquí es donde vas á representar la comedia mañana: este es el sitio que ha señalado la reina misma y todo lo que ha de suceder es por mandato expreso de ella. Eso me tranquilizó y volví á París loca de contento, en compañía de la condesa y de su compañero. Toda la noche, me tuvieron en su hermosa casa, al siguiente día volvimos á Versailles en coche, donde la condesa tenía varios cuartos. Ella con sus manos me vistió y tuvo la amabilidad de servirme de camarera.

—¿Qué especie de traje os puso?

—Uno exactamente igual al que ahora llevo, si se exceptúa que luego que estuvimos listas, y empezó á oscurecer la condesa me echó á la espalda un manto blanco y me cubrió la cabeza con una caperuza. Así me condujo al parque, me dió una carta y me dijo:—Darás esta carta al caballero que vamos á ver.—Caminamos en silencio por aquellas sendas y avenidas, y confieso que me latía con tanta fuerza el corazón, que tenía que pensar á menudo en los quince mil francos, para no desfallecer de temor.

—¿Fuisteis sola con la condesa, ó iba alguno con vosotras?

—Nos acompañaba el caballero á que ántes he aludido, el cual, segun creo, era esposo de la condesa. Luego que paseamos por un rato, él se paró y dijo:—Ahora es menester que Vds. vayan solas, yo, sin embargo, no me descuidaré, para hacer ruido á tiempo, y hacer que huya el enamorado. Entónces el caballero se metió en una espesura y nos dejó solas; y la condesa, volviéndose para mí me dijo:—Darás esta rosa y esta carta al sugeto que vamos á ver, y cuidado no añadas otra palabra. Tú sabes lo que esto significa.—Me hizo repetir ella tres veces y luego añadió:—Te repito que no agregues otra palabra; porque la reina misma ha escogido esas y ella oirá si tú las repites con exactitud, como que se hallará detrás de tí y sera espectadora de toda la escena.—De seguida la condesa me llevó á un bosquecillo y se retiró y pronto vino el sugeto enamorado y yo salí del lugar de mi escondite. Así que el tal me hizo muchas reverencias muy profundas, yo le dí la rosa y la carta y le dije las mismas palabras que me había enseñado la condesa. El enamorado cayó de rodillas y me besó la mano que le alargué con la rosa. Entónces oímos ruido, como de pasos de gente que se aproximaba y la condesa se nos reunió corriendo y gritó:—Por Dios bendito, nos vigilan! Pronto! Pronto! Venid;—y me arrastró lejos de allí con fuerza. Salimos de los

jardines y volvimos á la morada de la condesa, donde me dejaron sola, porque ella y su marido, segun dijeron riendo, tenían que ir á ver al anciano señor y consolarlo por la cortedad de la entrevista y el susto que le hicieron pasar. Les pregunté si había representado bien mi papel, y la condesa me dijo que la reina, que se había hallado por allí oculta y observado todo, estaba satisfecha de mí.

Al día siguiente muy temprano tornamos á París y cuando llegamos al palacio de mis protectores, la condesa me dió franco sobre franco los quince mil prometidos. La única condición que me puso al entregarme el dinero, fué la de que me reuniese con Jorge lo mas pronto posible, y que hasta el día de mi marcha, no saliese del cuartito en que me tenía encerrada. Le escribí pues á Jorge anunciándole mi ida y me pareció interminable el tiempo hasta que llegó su respuesta, aunque la condesa me trató con el mayor cariño, y me hizo cenar con ella varias veces, en cuyas ocasiones siempre nos divertimos mucho. Así que llegó la carta de mi Jorge en que decía que me aguardaba, partí de París en una silla de posta, como una señora; porque la condesa no quiso que yo viajase en diligencia, y su marido que había pagado por los relevos de caballos hasta Bruselas. Puede considerarse que mi viaje fué muy cómodo y agradable. Y yo creo que esto es todo cuanto tengo que referir. He cumplido mi palabra, diciendo la verdad fielmente. Mi hijo no pasará mala noche.

—¿No tenéis nada mas que añadir?

—¿Qué mas podría yo añadir señores? preguntó la muchacha suspirando. Saben VV. SS. tan bien como yo el fin de mi historia. Saben que unos quince dias despues de la escena en Versailles, me prendió la policía en Bruselas y me trajo á París. Saben que juré quitarme la vida si no me permitian ver á mi Jorge en la cárcel. Saben que mi querido hijo nació en ella y que ya tiene seis meses de edad, al paso que á su pobre madre todavía le siguen causa y no ha ganado su libertad. VV. SS. saben todo esto. ¿Qué mas podría yo añadir? Señores, les ruego me dejen ir á donde está mi Jorgito. Cierto está despierto y su padre no sabe acallararlo.

—Id á ver á vuestro hijo; le dijo el presidente sonriendo. Alguacil, condazca á madama Oliva á la sala de los testigos.

Esta manifestó su agradecimiento besándose la mano derecha y haciendo que arrojaba el beso á los jueces, y luego siguió al alguacil que abrió la puerta del cuarto lateral. Y apenas se abrió, un grito agudo de un niño resonó en la sala del Tribunal, á cuyo tiempo madama Oliva, que se hallaba con un pié en el quicio, volvió la hermosa cara hácia el presidente y le dijo sonriendo:

—¿No se lo dije á V. S.? Mi hijo me llama, suspira por mí. Ya voy, Jorgito, ya voy.

Dió un salto, y se cerró la puerta tras ella. —Acaba de oír V. la declaración de la testigo; dijo el presidente dirigiéndose á la condesa Lamotte. Ve V. que tenemos las pruebas de la intriga traidora é infame que ha urdido V. ¿En vista de tales pruebas querrá V. todavía negar los hechos?

—No he visto pruebas ni hechos, contestó la Lamotte. Solo he visto asombrada la serenidad

con que la reina ha desempeñado su papel, y la extension de su ligereza de carácter. Es en verdad cómica muy hábil, pues que ha representado á las maravillas el papel de la señorita Oliva. Nadie diría que era la reina.

—¿Cómo, señora! exclamó el presidente admirado. ¿Pretende V. creer que el testigo que acaba de salir de esta sala, no es madama Oliva, sino otra persona? No sabe V. que esa mujer, retrato viviente de la reina, hace diez meses que está presa en la Bastilla y que no es posible un truco de la persona?

—Lo único que sé es que ha desempeñado su papel á las maravillas; repitió la taimada condesa. En su deseo de mostrar la diferencia que existe entre madama Oliva y la reina, no se ha parado en delicadezas ni escrúpulos, pues ha descubierto un secreto de su belleza, quitándose los hermosos dientes falsos y enseñando los naturales. Confieso, señores, ser cosa rara y chistosa tener una reina tan semejante á una cortesana, que solo por los dientes se puede distinguir la una de la otra.

—Modere sus burlas, señora; dijo el presidente interrumpiendo las risas irónicas de la condesa. Recuerde que se halla V. en una posición bastante crítica y peligrosa, pues la espada de la justicia pende sobre su cabeza como la espada de Damocles. Ya ha invocado V. su suerte, llamando á Dios por testigo á fin de que el inocente no sufra por el culpable y va á cumplirse su palabra al pié de la letra. Se derumba sobre su misma cabeza de V. toda la fábrica de mentiras é intrigas que ha levantado V. y se la cubrirá con el polvo de eterna infamia.

—Gracias á Dios, replicó ella con descaro, aun no siento nada de eso que dice V. E.

—Antes de lo que V. piensa, recibirá el castigo que V. merece por sus indecentes fechorías, agregó el presidente con solemnidad. Dijo V. que quería la prueba de que la reina no le había dado cita al cardenal en Versailles; de que el pagaré no estaba firmado por la reina, ni que ella firmó las cartas escritas al cardenal. Si se pusieran ante V. de manifiesto las pruebas de todo esto, seria justo formarle causa por traicion. Ya hemos probado que no fué la reina Maria Antonieta la que se vió con el cardenal en Versailles, sino que la causa se redujo á una intriga urdida por V. para engañar á S. E. y hacerle comprar el collar que pensaba robarle. Ahora solamente nos resta probar que V. forjó la firma de la reina y las cartas al señor príncipe de Rohan.

—Y ciertamente, me alegraría ver esas pruebas; dijo la condesa.

—Será V. satisfecha, replicó el presidente. Vamos á ponerle delante el individuo que por disposición de V. imitó la letra y escribió las cartas de la reina. Alguacil, el dímelo testigo.

Este se encaminó á la puerta del cuarto lateral por donde entraban y salían los testigos. Reinaba en la sala un silencio mortal; todas las miradas se clavaron en la puerta por la cual debía salir el último testigo, para deshacer la red de fraudes tejida por la condesa. Esta tambien siguió con sus ojos ardientes la visual de los espectadores y bien á las claras descubrió la ansiedad que fatigaba su alma, aunque conservó el ademan fiero y la expresion desdichosa del semblante.

Abrióse al fin la puerta y no bien apareció el

testigo, cuando ella dió un chillido de dolor y rabia.

—Ah! Retaux de Vilette; exclamó. ¿Qué vergüenza! Qué vergüenza! Tambien este se ha vuelto contra mí.

Y perdiendo por un momento la serenidad habitual, se desplomó en la silla de que se había levantado en su agitacion. Cubrió sus mejillas una palidez de muerte, y casi desmayada, reclinó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Ve V. ahora que Dios es justo; prosiguió el presidente despues de una breve pausa. Su misma conciencia se alza contra V. y la compele á confesar su culpa.

—No, repuso ella reponiéndose, no tengo culpa que confesar. Mi corazón solamente experimentó un choque rudo, al ver entrar á ese hombre, á quien he salvado del hambre, colmada de favores y beneficios, y que ahora mis enemigos le concitan en mi daño. Pero ya pasó todo, ya estoy lista para oír nuevas mentiras y falsedades.

El hombre se adelantó temblando hácia la mesa verde, sin apartarse un punto del alguacil, ni mirar á la condesa que parecia querer devorarlo con sus ojos.

Hízole el presidente las preguntas de costumbre respecto de su nombre, naturalidad, etc. Contestó llamarse Retaux de Vilette y haber sido mayordomo y secretario de la condesa Lamotte-Valois. En el curso del interrogatorio declaró que luego que prendieron al conde y á la condesa, él había huido á Ginebra para no correr la suerte de sus amos; pero que habiéndose prolongado el juicio trató de refugiarse en Inglaterra, y fué arrestado.

—Por qué huíais? le preguntó el fiscal.

—Porque temia ser complicado en la causa de la condesa Lamotte; contestó el hombre en voz baja.

—Decid mas bien que sabiais vuestra complicidad con ellos en su conspiracion para el robo del collar. En anteriores exámenes habeis depuesto circunstanciadamente, y de nada os valdria, retractaros ahora. Contestad pues, con lisura: ¿Qué habeis hecho? Por qué temiais ser envuelto en la causa de la condesa Lamotte?

—Porque la conciencia me decía que yo había procedido mal, dejándome llevar de las promesas y artes de la condesa. Yo era pobre, vivia pobre y descorrido y deseaba ser rico y hombre notable. Todo eso me lo prometió la señora condesa. Ella haria que el cardenal me diese honores; ella me introduciria en la corte y por su influencia yo alcanzaria riquezas y distinciones. Creí sus palabras al pié de la letra y como fiel esclavo hice cuanto me ordenó que hiciera.

—¿Alma servil! exclamó la condesa con desprecio.

—¿Qué os ordenó la condesa hacer? le preguntó el presidente. ¿Qué hicisteis por su mandato?

—Escribí las cartas dirigidas al cardenal. La condesa hacia el borrador y yo las copiaba imitando la letra de la reina.

—¿Cómo conociais su letra?

—Me dió la condesa un libro en que había impreso un fac simile de la letra de la reina. Copiando á menudo las letras llegué á familiarizarme con su modo de escribir.

—Miente! mente el idiota! repitió furiosa la Lamotte.

—¿Qué fué con el pagaré que se entregó á los joyeros Bohmer y Bassenge? Sabéis algo de eso?

—Sí, señor, contestó Vilette suspirando. Sé de eso, porque yo lo escribí por el dictado de la condesa y añadí la firma.

—¿Teniais modelo?

—Sí, señor, la firma del facsimile.

—¿Imitabais la firma de la reina signiéndolos por la que aparecía en la carta impresa?

—No exactamente, porque allí solo se leía— María Antonieta,—y creyendo la condesa que ese era un modo confidencial de firmar que solo cabía en una carta de una hija á su madre (la carta impresa era en efecto de la reina á la emperatriz de Austria) no estimó prudente se copiara la firma fielmente en un documento de carácter oficial. Tuvimos una discusión sobre el asunto, y al fin se acordó que la manera conveniente y propia sería—María Antonieta de Francia. Así copié yo esta fórmula repetidas veces y al fin firmé el pagaré.

—Miente! gritó otra vez la condesa. Miente el bribon desorejado.

—Estoy dispuesto á dar la prueba de la verdad de mis palabras. Si V. S. me manda dar pluma, papel y tinta, extenderé la firma de la reina del mismo modo que aparecen el pagaré.

Se le dieron al hombre los avíos pedidos y sin titubear escribió en un papel cuatro palabras y se le dió al alguacil para el presidente. Este lo examinó y comparó con el pagaré y despues le pasó ambos al fiscal general, quien hizo lo mismo que el primero y en seguida pasó papel y pagaré al juez mas inmediato. De este modo pasaron de mano en mano hasta que dieron la vuelta y vinieron á parar otra vez en las del presidente, quien, poniéndose en pié, dijo:

—Creo firmemente que la letra de este papel es idéntica en su forma á la del pagaré. El testigo ha dado pruebas al parecer concluyentes que convencen que el mismo escritor de la firma, fué el que escribió las cartas al cardenal.

El ha sido el culpable instrumento de la criminal Lamotte Valois. Los jueces que son de mi misma opinion que se pongan de pié.

Todos se levantaron como un solo hombre.

Dió un chillido desgarrador la condesa y cayó en tierra desmayada.

—Declaro concluido el proceso y cerrada la audiencia; prosiguió el presidente cubriéndose la cabeza con el birrete de oficio. Que se lleven la delinente y el testigo y se despejen las galerías. El Tribunal pasa á la sala de consultas para extender la sentencia que se publicará mañana.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO VII.

#### SINIESTRO AUGURIO.

Se acercaba á su fin el largo é interminable día 31 de agosto de 1786. Todo París lo habia esperado con febril impaciencia. Nadie habia podido atender á sus negocios. Las tiendas estaban cerradas, vacíos los talleres de los artesanos, aun se mantenian silenciosos y desiertos los cafés y mesones. Los cocineros no tenían nada que hacer, habian dejado apagar la lumbre, porque no parecia sino que los Parisienses habian perdido el apetito y que nadie tenia tiempo para comer.

La verdad es que en París ese día nadie sentia hambre de alimento para satisfacer el cuerpo. El hambre era de noticias, pasto que satisficiera la curiosidad pública.

Y las noticias que mas se apetecian debian salir de la sala del Tribunal en el palacio de Justicia. Allí era á donde habia acudido todo París para saciar su hambre de noticias.

Los jueces se hallaban reunidos en la sala de lo criminal para pronunciar sentencia decisiva en la causa del collar de diamantes, y declarar á toda la Francia, ¿qué decimos? al mundo entero, si la reina de la nacion era inocente á los ojos de Dios y de sus representantes en la tierra, ó si debia posarse en lo adelante sobre aquella soberbia frente, una sombra de sospecha.

No menos que á las cinco y media de la mañana los jueces del Tribunal Supremo de Justicia, en número de cuarenta y nueve, se habian

reunido en la sala de consultas para pronunciar sentencia.

Desde muy temprano se habia ido congregando una multitud inmensa de gente en la plaza, delante del palacio de Justicia, esperando en el colmo de la ansiedad que se abrieran las puertas macizas del edificio y saliesen los jueces y publicasen la sentencia.

Pero se pasaba el día y las puertas permanecian cerradas, y no se sabia palabra de lo que pasaba en la sala de consultas.

La dilacion ocasionada por las largas deliberaciones de los jueces, produjo su fruto natural, el fastidio, las quejas y las murmuraciones, en fin. De cuando en cuando era de verse mas de un individuo de facciones toscas y expresion siniestra, que se abria paso por entre los grupos mas compactos de pueblo y soltaba palabras punzantes, que provocaban la general impaciencia. Allí se hallaban todos los oradores de los clubs y de las sociedades secretas; allí se hallaban los instrumentos de los enemigos ocultos de la reina, enviados para pervertir la opinion pública respecto á esa augusta señora, y predisponer al pueblo contra ella, aun cuando los jueces la absolvieran de culpa y pena; eso es, si no declaraban inocente al cardenal de conspiracion contra el soberano y desprecio de la majestad de la reina.

Se sabia que el fiscal en su conclusion habia aludido al castigo del cardenal. Tal era la única nueva que habia traspirado en el pueblo, comunicada por algun periodista privilegiado ó amigo de la reina; y se propagó como el

viento por todo París, distribuyéndose miles de miles de ejemplares de las palabras del fiscal.

Poco mas ó ménos el siguiente se decia era el resumen de la conclusion de dicho funcionario:—Se le hacia cargo al cardenal de Rohan, 1.º de haber tenido la audacia de mezclarse en el asunto del collar; 2.º y todavia mas de suponer que la reina le diese cita por la noche. Por todo lo cual debia condenársele á pedir perdon al rey y á la reina en presencia de toda la corte. Ademas, debia exigirsele hiciera dimision de su empleo de limosnero mayor en un tiempo fijo, alejarle de la residencia real, prohibirle presentarse en los sitios donde puede hallarse la real familia, y últimamente, permanecer en la prision hasta la completa terminacion de la causa.

Los amigos y dependientes del cardenal, lo mismo que los enemigos y perseguidores de la reina, recibieron las supuestas palabras del fiscal con disgusto y aun cólera, acusándolo de hombre servil que delante del trono doblaba la vara de la justicia, y por via de desahogo soltaban especies mas ó ménos calumniosas contra la reina, la cual, con sus coqueterias y el dinero del collar, habia sobornado los jueces.

—Pero aunque la abuselvan los jueces, declamaba Marat en el centro de un gran grupo de gentes, no la perdonará el pueblo, el cual ni se compra ni se vende. No, nada podrán los hermosos ojos ni las seductoras sonrisas de la Austriaca, cuando su causa se vea ante el tribunal del pueblo. Este no cree en el cuento de las cartas forjadas.

—Por supuesto que no creemos; gritaron muchas voces á un tiempo. La reina escribió esas cartas, ella sabe escribir cartas de amor.

—A la reina le gustan los enredos, tronaba el cervecero Santerre en medio de otro grupo de descamisados con tafia boca abierta. Lo que queria ella era probar si una muchacha bonita del pueblo podia representar el papel de reina de Francia, al mismo tiempo que vengarse del cardenal, porque le hizo no sé qué ofensa cuando era todavia una chiquilla. No se portaba como debia una delina cuando el cardenal se arrojó á reprenderla. Y para que vean Vds., desde entónces la reina le ha echado tales miradas al cardenal, se le ha sonreido de modo y le ha mostrado tanto aparente desden, que el pobre hombre se enamora perdidamente de la tentadora Austriaca. Hé aquí lo que ella buscaba para vengarse á su gusto. Le dió la cita al cardenal y se estuvo á ver á su favor, lo que pasaba entre él y la señorita Oliva; por lo cual podrá notarse que no es cosa muy difícil representar el papel de reina de Francia.

—Ya, ya se arreglarán esas cuentas; dijo el zapatero de viejo Simon, que se hallaba inmediato. El cardenal equivocó una muchacha del pueblo con la reina de Francia; dia vendrá en que no sea una equivocacion, sino que de veras los de arriba bajen y los de abajo suban.

Esta salida del zapatero fue saludada con risas y palmadas, pero en medio del ruido resonó un grito de cólera, que salió de los labios de un hombre en traje de paisano, el cual con sus fuertes brazos se habia abierto camino por entre las apiñadas masas, con el fin de acercarse cuanto le fuese dable á las puertas del palacio

de Justicia y ser de los primeros en averiguar el fallo del tribunal.

Tal vez los mas inmediatos al hombre oyeron su grito, lo cierto es que pocos pararon la atencion en él, cuando con torva expresion oia los discursos malignos de la plebe y replicaba á ellos con miradas flamigeras; conociéndose por los apretados labios que hacia grandes esfuerzos por ahogar la palabra en la garganta.

Consiguió al fin llegar á la misma puerta del palacio, y allí se estuvo calado, inmóvil y con aspecto sombrío, ya sin oír palabra de los groseros discursos é indecorosas observaciones que se hacian en torno suyo, ni ver otra cosa que la maciza puerta cerrada á su curiosidad.

Por último, despues de mucho esperar, á tiempo que el sol se ponía, se abrió la puerta un poco y salió un hombre, á cuya vista, el pueblo que habia prorumpido en una exclamacion de delicia, enmudeció de repente luego que reconoció que no era el funcionario que debia anunciar el fallo del tribunal, sino un portero, que guardaba la puerta exterior del palacio.

Cuando ascendia los escalones de la escalinata con aire indiferente, contestaba á las preguntas en alta voz de la multitud sobre el fallo, sin volver la cara:—Yo no sé. Ya lo sabreis todo, si teneis un poco de paciencia. Ha sonado la hora de mi guardia y me marcho á casa, porque estoy medio muerto de hambre y sed.

—Paso al pobre portero, gritó el jóven á que antes hemos aludido poniéndose por fuerza á su lado. Ved qué fatigado está. Venga, buen hombre, deme la mano, yo le ayudaré á salir de estas aperturas.

Y en efecto, tomó el anciano por una manieca y codeando aquí y empujando allá le abrió paso franco por medio de la apiñada multitud. Parte por la fiera resolucion del guia, parte porque la curiosidad popular estaba fijada en la puerta del palacio, él y el portero encontraron ménos dificultad en salir.

—¿Se ha pronunciado el fallo? preguntó el jóven al portero por lo bajo, luego que se alejaron un poco.

—Sí, señor Toulan, contestó el hombre en el mismo tono. Precisamente, cuando poco antes de rendir la guardia, llevé un vaso de agua al Consejero. S. S. me dió el papel en que se contiene la sentencia.

—Dámele Juan, mas de modo que nadie lo observe, porque si lo viesen, sospechando su contenido, me le arrebatarian y harian pedazos.

En cumplimiento de aquella súplica ó mandato, el anciano deslizo un papel muy doblado en manos del jóven, quien, dando las gracias y saludando con la cabeza, se separó al punto de aquel y se abrió paso en opuesta direccion. Pronto ganó la calle próxima á la plaza, apretó el paso entónces y atravesando diversas calles y callejones, abundantes á la sazón en París, llegó al fin á la puerta que conduce á la calzada de Versailles. Inmediato á esta se hallaba un mozo de blusa azul, el cual á espacio, mas incesantemente, paseaba arriba y abajo por la brida, un caballo ensillado.

—Ola, Ricardo, aquí! le gritó el jóven á quien el portero del palacio de Justicia dió el nombre de Toulan.